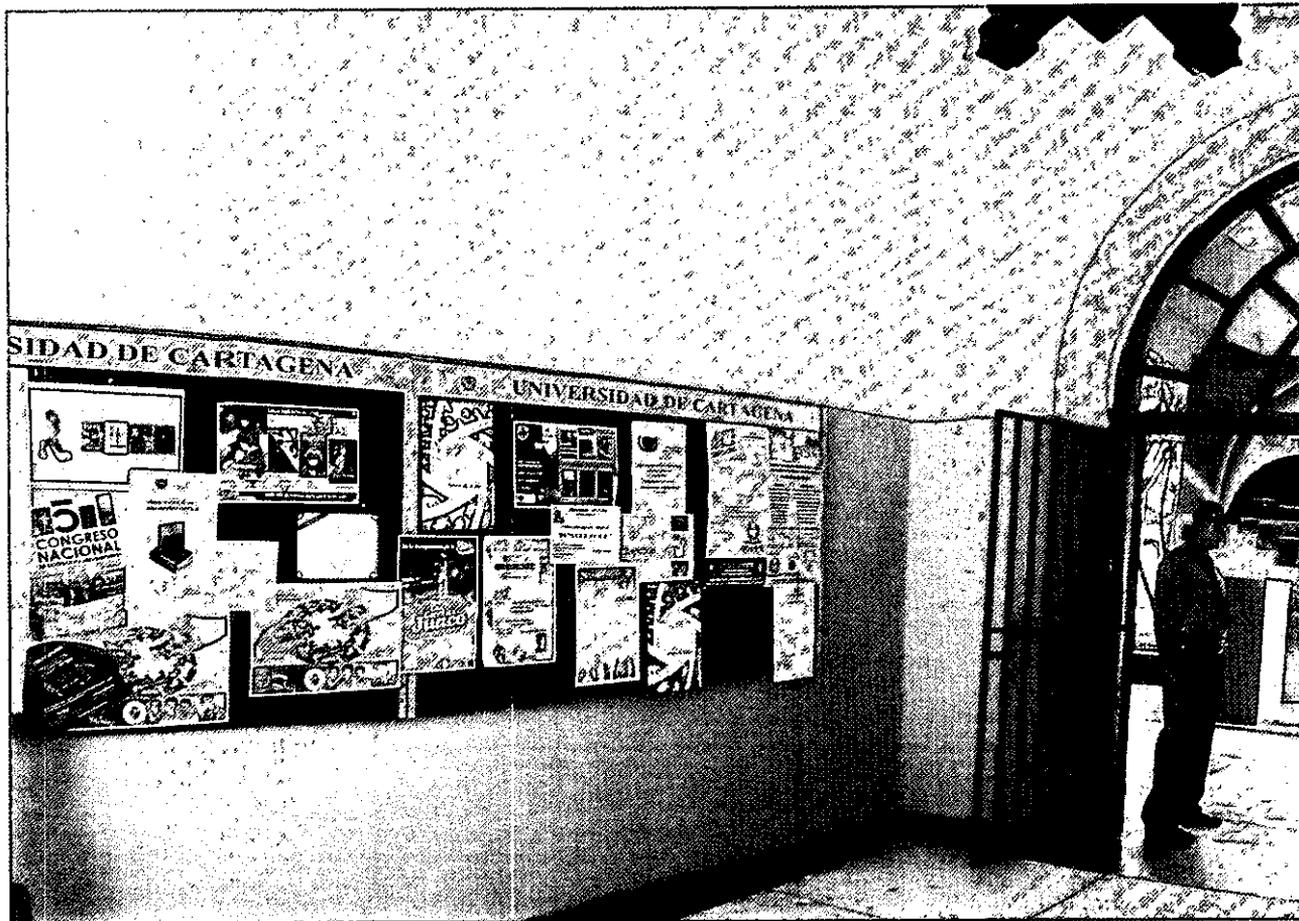


Apuntes para una historia de “El Espectador”



Cartelera entrada Universidad de Cartagena, foto Mario Lorduy

E

l país entero se ha conmocionado con la emisión de la serie *Escobar el patrón del mal* que se pasa todas las noches por la televisión. Ello nos ha puesto a reflexionar nuevamente sobre el papel de la prensa en la vida nacional, y, particularmente, sobre el papel histórico jugado por el director de *El Espectador* asesinado por las fuerzas oscuras del narcotráfico en diciembre de 1986.

El pensador caldense Otto Morales Benítez, en su libro *Reflexiones sobre el periodismo colombiano* afirmaba que el contexto en el cual Fidel Cano fundó *El Espectador* era francamente adverso. En aquel momento histórico -1887- estaba vigente la Regeneración Conservadora, alentada por el presidente Rafael Núñez y don Miguel Antonio Caro.

Bajo estas condiciones vivieron los primeros periódicos de la nación: *La consigna*, *La poliantea* y *La correspondencia*, todos estos periódicos liberales, que conocieron desde su fundación la persecución directa de la prensa escrita. Estas restricciones han sido superadas por la prensa de hoy, pero existe una censura más sutil que condiciona la información en todos los periódicos: la publicidad.

El 22 de marzo de 1887 apareció en la Calle del Codo en Medellín, el primer número de *El Espectador*, periódico político, literario, noticioso e industrial, según rezaba el encabezamiento. Su director, Fidel Cano Isaza, nos dio desde el principio una pista sobre su carácter y su misión: el periódico es primero político y literario, lo noticioso vendría después.

En el primer editorial del periódico, Fidel Cano nos proporciona también las ideas fundamentales sobre las cuales se ha de preparar la urdimbre de este diario que alcanzó en 2012, los 125 años de existencia

"Nos proponemos, primeramente, aprovechar en servicio del liberalismo –como doctrina y como partido- la escasa suma de libertad que a la imprenta le han dejado las nuevas instituciones y sus intérpretes, y luego, contribuir, o mejor dicho, procurar que otros contribuyan, al cultivo de la patria literaria; promover de igual suerte el establecimiento de nuevas industrias en el país o la mejora de las que ya existen y procurar a nuestros lectores abundantes noticias, tan recientes y fidedignas cuanto nos sea dable, sobre los sucesos importantes que se cumplan en la República y fuera de ella."

Vemos así, cómo desde el principio el editorialista nos sitúa en la línea doctrinal como prioridad, y luego en la línea de las "abundantes noticias, recientes y fidedignas", que se colocan así, en un segundo plano, después del objetivo político. No existía explícitamente el interés de empresa económica, aunque desde el inicio se observan diversos avisos publicitarios.

Como el periódico era tan pequeño, es muy fácil hacerle un análisis de contenido. Allí encontramos un 27% de orientación política; un 10% de literatura; un

15% de revistas de prensa; sólo un 8% de noticias; un 9% de discusión política (que no llamó don Fidel Cano, la Mesa Redonda, sino la Mesa Revuelta); y un 31% de publicidad.

En cuanto a los anuncios, puede decirse que son el aspecto más ilustrativo del periódico. La solidez e independencia de un diario sólo se garantiza si tiene una diversidad de anunciadores, cuyos fondos no sean de dudosa procedencia. Veamos: que Miguel Salas tiene "magníficos paños negros labrados y los mejores sombreros de copa que hay en la plaza"... Que "a Manuel Toro se le ha perdido el primer tomo de la Historia Universal de Segur y si alguno de sus amigos o relacionados lo tiene en su poder, sirvase devolverlo"... Que don "Miguel Salas (otra vez) por tener que separarse temporalmente de este departamento exige a sus deudores morosos que se presenten a cancelar sus cuentas pues de lo contrario publicará sus nombres en todos los periódicos de esta ciudad"... Y que por su "calidad y precio el calzado que vende Jorge y Francisco Angeles es sin competencia..." "Los hay muy elegantes, de marroquí o de becerro. Hay también de cueros suaves e impermeables, propios para el campo y para viajes. Precio de un par fino a satisfacción del comprador, \$5.00"...

También desde el primer editorial, Don Fidel nos muestra su postura sarcástica cuando se refiere a las restricciones a la libertad de prensa que derivan del momento político en que aparece el diario, y deslinda aguas con la conducta de los que aquellos días ejercían el poder.

"Poco propicios son para acometer empresas de este género los tiempos que alcanzamos –decía en aquel editorial-; pues como labores políticas o sociales, tropiezan a cada paso los periódicos con las restricciones a que está sujeta la prensa, y como especulaciones industriales, con la general penuria. El primer escollo apuntado viene a ser mayor si el periódico no se va, como no querrá irse el nuestro, en pos de los hombres, hechos e ideas que por ministerio del éxito están en boga, sino que por el contrario se propone, como nos lo proponemos nosotros, rendir culto a las grandes ideas proscritas hoy por el odio,

por la apostasía o por la debilidad, no hablar a los dueños del poder el lenguaje de la lisonja, y no tributar aplausos ni a los hombres ni a sus actos sino cuando la conciencia nos lo mande.”

Por su parte, Guillermo Cano, en su nota, *El abuelo que no conocí*, describe emocionado el carácter y la actitud de Fidel Cano:

“Yo no conocí a don Fidel. No tuve un conocimiento físico de él. Pero recuerdo que desde muy pequeño comencé a conocerlo espiritualmente. Fue en una Nochebuena en “Fidelenia”, mi primer contacto con mi abuelo. Apenas empezaba a tener el uso de la razón. Alrededor de un viejo árbol florecido, en esa Nochebuena, escuché leer a una de mis tías unos versos. Eran unos versos que hablaban del pan de cada día, y de la pobreza de unos niños y del amor de un hombre por sus semejantes. Palabras ciertamente difíciles de comprender a tan corta edad, pero palabras que llegaban prontamente al corazón sin necesidad de entenderlas. El fenómeno era muy sencillo, alrededor del árbol florecido, cien caritas de niños –rostros de niños pobres, alegres por la primera vez- escuchaban como yo, embelesados, las mismas palabras que sus padres habían oído, en el pasado, de mi abuelo.”

Sabemos según este mismo texto, que don Fidel estuvo varias veces en la cárcel por defender la libertad de sus conciudadanos, y por defender unas ideas y un periódico liberal. Así, el mismo periodista recuerda que el 8 de julio de 1887, apareció el número 30 de *El Espectador*, el cual fue suspendido por orden del gobierno. Seis meses después, acogido al decreto del general Eliseo Payán sobre libertad relativa de la prensa, el periódico 31 logra aparecer. Posteriormente, el presidente Rafael Núñez vuelve a censurar a la prensa, sin embargo, *El Espectador* decide continuar su publicación y para el número 47 escribe un editorial titulado *Por qué proseguimos*, en el cual explica los motivos de esta actitud.

Después de una relación conflictiva entre el gobierno y *El Espectador*, el 8 de agosto de 1893, cuando acababa de salir el número 282, el gobernador de Antioquia, señor Abraham García ordenó la suspensión del periódico y mandó a prisión

a Fidel Cano, quien solo pudo reanudar su labor de director del periódico ocho meses después, el 14 de marzo de 1896.

Cabe destacar que *El Espectador* no solo tuvo serios enfrentamientos con el gobierno, sino también con el clero, ya que, según cuenta Otto Morales Benítez en su libro *Reflexiones sobre el Periodismo Colombiano*, desde el púlpito los sacerdotes de la época proclamaron que era “pecado mortal” leer el periódico.

A pesar de sus dificultades con el poder político y eclesiástico, el periódico se consolidó como diario, el 2 de enero de 1913, cuando se editó el número 845, que se publicó en gran formato. Dos años después, empieza a publicarse en Bogotá una edición de *El Espectador*, simultáneamente con la que se publicaba en Medellín.

Hay que recordar que el 12 de septiembre nació en Medellín el primer suplemento literario del país, llamado *La Semana*, ilustrado por el irónico caricaturista Rendón, y dedicado a la poesía, la vida



Don Guillermo Cano, Caricatura de Osuna

social en todas sus formas y la publicidad de la época, caracterizada por su belleza estilística.

Después de este importante logro, el 15 de enero de 1919, el periódico sufre una pérdida irreparable con la muerte de Fidel Cano, fundador de *El Espectador*. Los estudiantes de la Universidad de Antioquia, contraviniendo la voluntad del gobierno seccional del departamento, colocaron un óleo con su imagen en el paraninfo.³

Ante la ausencia de don Fidel Cano, don Luis Cano fue a partir del 10 de febrero de 1915, el director de la edición de *El Espectador* en Bogotá. Fue considerado en los medios intelectuales del país, como el mejor cronista político, pero era un periodista de la tarde. El 10 de noviembre de 1949, cedió la dirección del periódico a don Gabriel Cano, por enfermedad, falleciendo en Bogotá el 22 de julio de 1950, un año después de su retiro del diario.

Don Luis Cano es conocido por su saludable posición frente al conflicto de Colombia con el Perú. El 20 de septiembre de 1932, bajo el título *La disciplina de los sentimientos*, el periodista integral y audaz que fue, escribió:

"Colombia no irá a la guerra en condiciones de nación grosera, si la guerra llegara a ser inevitable la aceptará como un imperativo de las circunstancias, cuando no sea posible en otra forma restablecer sus autoridades en el territorio amazónico, y esto no debe ser para nosotros un concepto secundario sino una cuestión fundamental que debemos plantear nitidamente dentro y fuera del país, porque a ella están vinculados el presente y el futuro de la nacionalidad, su decoro exterior y su seguridad interna".⁴

Gabriel Cano nació en Medellín el 7 de mayo de 1892. Desde muy joven resolvió matricularse en la "Universidad de Periodismo de *El Espectador*". De 1900 a 1913 fue director de varios periódicos, entre ellos: *La mesa revuelta* y *Sábado*. Dirigió asimismo, el suplemento literario de *El Espectador*.

En 1919, asumió la dirección de *El Espectador* en su edición de Medellín, mientras que Luis Cano ejercía

el mismo cargo en la edición de Bogotá. En 1949 ejercía las funciones de gerente de *El Espectador*, cuando reasumió la dirección por renuncia de su entonces director, Luis Cano. El 20 de octubre de 1954 le fue otorgado el premio Cabot y viajó a Nueva York para recibirlo. Años más tardes, el primero de julio de 1958, recibió en nombre de *El Espectador* el premio Mergenthaler. El 31 de diciembre de 1973 se retiró como codirector de este periódico luego de ejercer durante más de setenta años la labor periodística.

Gabriel Cano, hay que decirlo, era un enamorado de la imprenta y manifestaba en abril de 1958 que la imprenta tenía el derecho de primogenitura entre todos los medios conocidos y desconocidos, antiguos y modernos, de comunicación con la opción pública. En una candente discusión con sus colegas de la radio, el periodista exclamó:

"¡Imprenta! ¡Imprenta!, clamaba hace casi un siglo el gran Montalvo, y yo quiero reivindicar ahora para este noble invento el fuero de supremacía inalienable entre todos los medios de divulgación de las ideas. Otros, y muy poderosos y eficaces por cierto, han venido después, como la radiodifusión y la televisión, y otros nuevos podrán seguir más adelante; pero todos confluyen y confluirán a la postre en el sistema de lo impreso, único que puede darle perdurabilidad y eternidad al pensamiento. La palabra vuela, el escrito reposa; lo hablado se esfuma, lo impreso permanece; expresión es lo que sale, lo fugaz, lo perecedero; impresión es lo que queda, lo estable, lo definitivo. ¡Imprenta! ¡Imprenta!".⁵

Fue precisamente don Gabriel quien llevó a su hijo Guillermo a la sala de redacción y le aconsejó a los empleados que lo pusieran a trabajar y lo "metieran en el barro" del periódico. A todos los colaboradores les pidió que lo dejaran untarse de tinta aprendiendo a armar las páginas del diario, a leer al revés, y a buscar noticias aunque fuesen desagradables.

Guillermo Cano nació el 12 de agosto de 1925 en el hogar de Gabriel Cano Villegas y Luz Isaza. Hizo estudios en el Gimnasio Moderno de Bogotá, donde obtuvo el título de bachiller, y desde entonces entró a trabajar en *El Espectador*, pasando por las distintas

secciones y aprendiendo los diversos oficios que hacen al periodista.

Al principio, tuvo bajo su responsabilidad las secciones culturales y comentó los deportes y los toros con el seudónimo de *Conchito*. El apodo le vino por su fervoroso entusiasmo por la figura del toreo peruana Conchita Cintrone. Practicó sus aficiones con fruición, entre ellas, los viajes, las lecturas y el fútbol, deporte en el cual era conocido con el nombre de *Cabecita de oro*, nombre que se ajustaba también a su deslumbrante inteligencia.

Asumió la dirección del diario en el año de 1952 y en 1953 se casó con la dama catalana Ana María Busquets Nel-lo y del matrimonio hay cinco hijos: Juan Guillermo, Fernando, Ana María, María José y Camilo, quienes han participado en la vida del periódico desde la fotografía, la reportería, la opinión, el turismo, las páginas sociales y el deporte.

A finales de la década del 70, Guillermo Cano comenzó a escribir la *Libreta de Apuntes* en la edición dominical, y ella mereció en 1986 el Premio Nacional de Periodismo del Círculo de Periodistas de Bogotá. Fue un constante luchador contra la corrupción y el poder del narcotráfico, denunciando la presencia de “dineros calientes” en todas las esferas de la vida social.

Sin embargo, su obra escrita también trató sobre la defensa de los Derechos Humanos, la realidad política nacional, la violencia y la paz, la redistribución de la riqueza y la vida cotidiana. Fue un investigador innato en el periodismo, aunque la cronista Mariluz Vallejo anota que su sexto sentido para destapar “ollas podridas” provenía de su afición a las novelas de misterio, lo que le permitía atar cabos y buscar nuevas aristas a las noticias escuetas.

A don Guillermo Cano le correspondió hacerle frente a la crisis por el retiro de los avisos del Grupo Grancolombiano, que de esta manera reaccionó ante las denuncias de *El Espectador* sobre los autopréstamos que arruinaron a los pequeños

ahorradores. El país entero apoyó al periódico y en el mes de mayo de 1971 se realizaron manifestaciones de la sociedad civil en universidades, círculos de periodistas y partidos políticos.

Una de las más fehacientes manifestaciones de censura a los medios impresos ocurrió cuando el Grupo Grancolombiano reaccionó ante la posición política de *El Espectador*, que se negó a apoyar la candidatura presidencial de Julio César Turbay. Pero la verdadera persecución al periódico se aplicó cuando el diario publicó el mayor escándalo financiero del país que cuestionaba abiertamente al Grupo Grancolombiano y a sus sociedades.

Pero no todo han sido batallas en *El Espectador*... Una sucesión de triunfos de sus colaboradores más cercanos lo han colocado en el primer plano de la actualidad internacional. El 21 de octubre de 1982 hubo un suceso que llevó las páginas de la prensa colombiana al mundo entero: Gabriel García Márquez, otrora reportero del diario es distinguido con el Premio Nobel de Literatura por la Academia Sueca, y se convierte en el primer colombiano en obtener este galardón. Este hecho volcó a los más grandes investigadores del mundo sobre las páginas donde se publicaban las crónicas, reportajes y columnas de Gabo quien declaró: “La literatura es un buen complemento del periodismo y el periodismo un buen complemento de la literatura”.

El 9 de febrero de 1986, Guillermo Cano, obtuvo el Premio nacional de Periodismo CPB, en modalidad periodismo de opinión por su columna *dominical Libreta de Apuntes*. Este galardón que ofrecen anualmente a los periodistas de Bogotá, fue el preámbulo de un hecho que conmocionó a todo el país. En efecto, el 17 de diciembre de 1986, mientras se encontraba en prensa la edición del periódico, fue asesinado a la salida del diario en Bogotá el director de *El Espectador*. Su muerte generó un hecho sin precedentes en el mundo: el silencio de todos los medios de comunicación de un país, durante veinticuatro horas.



Don Guillermo Cano, escribiendo Libreta de Apuntes

ANTOLOGÍA

EL ABUELO QUE NO CONOCÍ

Yo no conocí a Don Fidel. No tuve un conocimiento físico de él. Pero recuerdo que desde muy pequeño comencé a conocerlo espiritualmente. Fue en una Nochebuena, en "Fidelena", mi primer contacto con mi abuelo. Apenas empezaba a tener el uso de la razón. Alrededor de un viejo árbol florecido, en esa Nochebuena, escuché leer a una de mis tías unos versos. Eran unos versos que hablaban del pan de cada día, y de la pobreza de unos niños y del amor de un hombre por sus semejantes. Palabras ciertamente difíciles de comprender a tan corta edad, pero palabras que llegaban prontamente al corazón sin necesidad de entenderlas. El fenómeno era muy sencillo, alrededor del árbol florecido, cien caritas de niños —rostros de niños pobres alegres por primera vez— escuchaban, como yo, embelesados, las mismas

palabras que sus padres habían oído, en el pasado, de los labios de mi abuelo.

Fue entonces cuando supe que mi abuelo había amado a los pobres... Y que los pobres habían aprendido a amarlo, porque él no se acercaba a ellos con la falsa caridad de los orgullosos, sino con la sincera amistad de quien entendía, comprendía y padecía sus mismas miserias y sus mismas angustias.

Esa Nochebuena jugamos juntos en los prados de "Fidelena", y recibieron los niños pobres idénticos regalos a los nuestros. ¡Inolvidable enseñanza de igualdad y de fraternidad humanas!

Así comencé a conocer a mi abuelo... Y fue así como aprendí a llamarlo, con la misma fervorosa y respetuosa admiración de aquellos niños pobres, "Don Fidel". Así he seguido llamándolo siempre.

Más tarde supe otras cosas de mi abuelo. A los diez años me dijeron que había estado en la cárcel. No una vez, sino muchas veces. Me explicaron que había ido a la cárcel por defender la libertad de sus conciudadanos.

A los diez años –sobre todo cuando esos diez años los cumplía en un país donde entonces se respiraba libertad- resultaba increíble, incomprensible e injusto que un hombre hubiera ido a la cárcel por defender la libertad.

Me dijeron además que mi abuelo había ido a la cárcel por defender las ideas liberales; por defender a sus amigos pobres, a sus amigos políticos, a sus amigos liberales. También fue difícil entender, a los diez años, que un hombre pudiera ir a la cárcel porque había defendido unas ideas, un periódico, unos amigos.

En la ingenuidad de mi entendimiento comenzó a alumbrar una pequeña luz. Si mi abuelo no hubiera ido a la cárcel a consecuencia de su lucha por la libertad, por sus ideas, por su periódico, y por sus amigos, tal vez yo no estaría gozando de los privilegios de una libertad absoluta, de unas ideas hermosas, de un periódico en desarrollo, y de unos amigos leales y magníficos.

La cárcel no era solamente –como lo creía- el local horrible donde pagaban sus crímenes los asesinos y los ladrones. La cárcel podía ser también un medio para alcanzar fines nobles.

Existen, lamentablemente, seres desgraciados que recibieron como herencia de sus abuelos el deshonor de la cárcel. La prisión de mi abuelo, de la que supe a los diez años, fue para mí, antes que un motivo de vergüenza, un título de honor...

Más tarde pude comprender mejor –en la crisis de la patria- que cuando se defiende honradamente un principio de justicia, no importan ni el fuego, ni el terror, ni la cárcel.

Y así conocí otra faceta de mi abuelo. La del gran perseguido que puso por encima de la tranquilidad material sus ideas y su espíritu.

Fue un conocimiento lento el que tuve de mi abuelo. A los quince años recibí de sus manos una colección de sus editoriales, recortados y pegados en un viejo catálogo de tipos. Fue aquél un contacto conmovedor e inolvidable con su prosa limpia y pura y exacta. A los quince años, como cada vez que tomo en mis manos un pedazo de papel escrito por mi abuelo, sentí más profundamente mi debilidad intelectual.

Algo había, sobre todo, que me impresionaba. En dos cortas columnas de periódico –escritas en un estilo magistral- mi abuelo analizaba cada día un aspecto de la vida colombiana. No se escapó a su inteligencia arista alguna de las actividades ciudadanas, y trataba con la misma propiedad el tema político –que tan bien conocía- como el literario; tan correctamente un problema de límites, como la inconveniencia de la pena de muerte. No se olvidaba jamás de los necesitados, ni de los perseguidos, ni de los humildes, y opinaba también sobre los poderosos, los ricos y los orgullosos.

Luis Cano me dijo alguna vez que leyera los editoriales de Don Fidel. He seguido su consejo, pero desgraciadamente creo que no alcancé los propósitos que él perseguía. Luis Cano creyó que podría yo escribir algún día en el periódico. Y quería, sin duda que escribiera como Don Fidel...

Si es cierto que la lectura de aquellos editoriales históricos no me enseñó a escribir bien, en cambio sí me permitió aprender la lección de *El Espectador*, lección de nobleza, de honradez y de valor.

Al poco tiempo de ocupar la dirección del periódico, con la tremenda responsabilidad que me legaban mi abuelo, mi tío y mi padre, fui llamado al despacho del ministro de obras públicas Jorge Leiva, por ese entonces uno de los hombres fuertes del régimen Gómez-Urdaneta. En presencia del jefe de censura de prensa, señor de Velasco, Leiva me notificó una serie de órdenes impartidas por el obligatorio cumplimiento para *El Espectador*. Aunque comprendí que aquella inadmisibles intromisión en la orientación del periódico resultaba inapelable, pues de testigo y ejecutor de la orden estaba el zar de la censura, manifesté terminantemente al ministro Leiva que el periódico no volvería a circular en esas

circunstancias y me retiré del despacho. *El Espectador* sufrió durante varias horas la infame presión de Leiva. Su edición nacional fue decomisada por detectives, a las órdenes del ministro, en el aeropuerto de Techo. Censores, bajo el mando de de Velasco, invadieron nuestros talleres. Pero, finalmente, la firme posición del periódico triunfó, y pudo circular sin que las órdenes de Leiva se hubieran cumplido.

En la actitud que asumí ese día, estuvo presente mi abuelo, al que no conocí jamás físicamente, pero cuyo espíritu, que tanto conocía, permaneció a mi lado para no dejarme claudicar ante la fuerza y la opresión, una vez más desatadas contra *El Espectador*.

En cierta ocasión, en los años negros que vivió la república en un reciente pasado, algún amigo muy querido, a quien los atropellos que contra la prensa se cometían entonces mantenía indignado, me dijo:

-¡Si estuviera vivo Don Fidel, preferiría la cárcel a la ignominia de la censura!

Seguramente que sí. Pero *El Espectador* prefirió el fuego y el saqueo, la destrucción y la suspensión, a la entrega; y padeció altivamente la censura, sin aceptarla jamás.

El Espectador es hoy una gran familia, una reunión de muchas familias: es una empresa que ha crecido sobre los cimientos inmovibles que le pusieran el heroico sacrificio y el generoso desprendimiento de Don Fidel. Aquel hombre no temió ni a la cárcel ni a la pobreza en su conquista de una Colombia mejor y más libre. Se privó a sí mismo y a su familia de la comodidad, de la riqueza y de la tranquilidad. Trabajó con sus hijos y con su esposa en un camino erizado de obstáculos, y cuando lo sorprendió la muerte en 1919 creyó dejar establecido perdurablemente en Colombia ciertos principios elementales de libertad, y creyó ver en la historia de años de *El Espectador* un presente firme y un porvenir seguro. Sus hijos quedaban en la lucha.

Sin embargo, en unos pocos meses, todo lo que tan difícilmente se había conquistado se perdió. Y la



Libreta de Apuntes. Caricatura de Osuna

nueva época de la censura de prensa, de la persecución oficial, del atropello incalificable, sorprendió a *El Espectador* con una carga enorme de compromisos aceptados, la cual no podía evadirse —como hubiera ocurrido en el pasado— por la voluntad de una sola familia. Éramos muchas familias, dependientes de *El Espectador*. La clausura que en la época de Don Fidel significaba cárcel y hambre para él y los suyos: en 1952 lo era para muchos. Todos la habrían aceptado valerosamente —tenemos el ejemplo del seis de septiembre, cuando la familia de *El Espectador* se reunió para afrontar la catástrofe que manos oficiales habían desatado sobre la empresa—, pero era responsabilidad demasiado grande arrojar a un destino incierto al trabajador y a su familia. Tiempos distintos, dentro de distintas circunstancias.

Pero a pesar de los nuevos tiempos y de las nuevas circunstancias, *El Espectador* salió limpio y puro, como de las manos de Don Fidel, de esta otra prueba, que fue de fuego, de destrucción y de injusticia.

A los dieciocho años ingresé a trabajar en el periódico. Fue cuando comencé a conocer mejor a mi abuelo. ¿Cómo? No podría explicar concretamente

de qué manera. Tal vez porque su retrato –insomne vigilante de todos y de todo- era como una brújula que nos señalaba constantemente la orientación exacta del camino que él recorrió, para hacer de *El Espectador* un periódico que trabajara “en bien de la patria con criterio liberal y en bien de los principios liberales con criterio patriótico”.

Tal vez lo conocí mejor en la prolongación de su sangre –que es prolongación de su espíritu-, en la actitud de mi tío y de mi padre, que no importaba en qué circunstancias –en las fáciles y en las difíciles- sabían indicar, sin órdenes, apenas con el ejemplo de sus propios actos, lo que habría hecho Don Fidel en la crisis política, en la crisis económica, en la crisis moral.

Tal vez en la actitud de todos los trabajadores de la empresa, viejos muchos de ellos, tan viejos que trabajaron a las órdenes de mi abuelo, que observaban y observan, sin ordenárseles, los principios de honradez profesional que caracterizaron y caracterizan la historia de *El Espectador* desde cuando editó Don Fidel el primer número en una vieja casa antioqueña y en una más vieja prensa plana, hace más de sesenta años.

Tal vez porque a *El Espectador* llegan muchas personas, sobre todo los grandes pobres, a hablar de Don Fidel. A recordarlo con una frase, en un acto, durante un momento. Si en mi propio hogar no se guardara por su recuerdo una íntima admiración, un profundo respeto y un sincero cariño, habría sido suficiente esa avalancha colectiva de elogios, para enseñarme a admirar, respetar y a querer a mi abuelo. Pero especialmente a conocerlo. A comprender que su obra y sus sacrificios de muchas veces no fueron estériles. Legó a sus descendientes más que una herencia material, que tan frágil resulta en el transcurrir de la vida, el tesoro inalienable de una honra inmaculada y un nombre respetado.

Se habla hoy desde *El Espectador* y de su desarrollo económico y técnico de manera muy elogiosa. En un grande edificio, sobre una de las más importantes avenidas de la capital de la república, trepida ensordecedoramente una rotativa moderna y

murmullan su canto de metal los linotipos; infatigables obreros de la tipografía elaboran las páginas mientras en una mesa larga de máquinas de escribir jamás se detienen en su alumbramiento de noticias; ingresa en las cajas el dinero que pagan el anunciador rico y el pobre lector de los barrios apartados; hay una febril actividad de 24 horas. Todo eso en realidad es el tributo que le rinde cada día *El Espectador* a Don Fidel.

De la prosperidad de hoy a la estrechez de ayer, hay un largo recorrido de padecimientos y de ofensas. Unos y otras para él. Aún después de muerto. Su busto arrojado a la calle sobre los escombros de archivos, colecciones, libros y máquinas, el seis de septiembre de 1952, lo está demostrando. Mientras nosotros resultábamos personalmente ilesos del monstruoso atentado, él se ofrecía como víctima en efigie, a las hordas incendiarias. Si Don Fidel no conociera su noble ejemplo de patriota; su invariable amor por todos los que padecen el sufrimiento sublime de la pobreza; su valerosa resistencia a la tiranía; su irrenunciable fidelidad a la libertad; su inmovible honradez de periodista; su purísimo estilo de escritor; su irreprochable comportamiento familiar, habría tenido de su vida y de su obra conocimiento cabal y completo al verlo sobre las ruinas de su periódico, con aquel gesto que –a pesar de la frialdad del bronce- nos estaba diciendo cálidamente que como íbamos, íbamos bien, y que allí estaba él para defendernos, para servir de blanco a los ataques injustos, para vigilar por la supervisión de *El Espectador*.

Muchos nietos han tenido la fortuna de recibir el abrazo del abuelo; de gozar de su amor; de disfrutar sus caricias y sus besos y sus mimos; de oírle contar un cuento al borde de la cuna y sobre todo de conocerlo.

Yo no la he tendido. Yo nací años después de que murió mi abuelo. Para mí el cuento de cuna fue un verso escuchado junto a un árbol cargado de juguetes. El abrazo, el de un viejo anciano menesteroso que quiso ser aquella noche inolvidable, mi propio abuelo. El amor, el de quienes fueron amados por él. Las caricias y los besos y los mimos, de quienes

heredaron su nobleza. Todo lo que un abuelo da a su nieto, lo he recibido yo de tercera mano.

En cambio, su conocimiento espiritual me llegó desde los cinco años, en la alegría de un pobre, y más tarde en la historia de una cárcel, y luego en unos escritos memorables, y finalmente en una historia de un periódico.

De tan grande y fuerte tronco quedan las frágiles ramas agitadas por el huracán de las preocupaciones del mundo moderno. Pero el tronco distribuyó generosamente su savia para que las ramas resistieran la tormenta...



Don Guillermo Cano y Gabriel García Márquez

Ya el nieto que no conoció al abuelo en persona, lo conoce perfectamente en espíritu.

EN LA ESPAÑA POST FRANQUISTA, ¡VIVA LA INTELIGENCIA

"Enseñé a S.E. (Francisco Franco) un ABC de 1937 en el que censuraba duramente a la España nacional por el fusilamiento de García Lorca, y otro de enero último en el que se dedica una página entera, con fotografías de las obras completas de García Lorca, diciendo que no debían faltar en ninguna biblioteca y que toda la juventud española debía conocerlas, ya que se trataba de un insigne poeta, y un sinfín de cosas más elogiosas. Le pregunté su opinión sobre García Lorca y su muerte. Él me contestó:

"En efecto, era una persona era un gran poeta y se fusiló en los primeros días en que estalló el movimiento cuando Granada estaba casi sitiada y en situación difícil. En ese momento no se podía ejercer allí ningún control y las autoridades tenían que prever cualquier reacción en contra del movimiento por elementos izquierdistas. Por esto fusilaron a los más caracterizados, y entre ellos a García Lorca. En la España nacional no había aún un gobierno establecido que pudiera ejercer de hecho el control y mando de toda la nación. Las autoridades estaban ocupadas por la guerra y defendiéndose de los ataques que podían venir del interior. Para juzgar aquel fusilamiento hay que ponerse en la época en que se efectuó y recordar el peligro que corría la guarnición de Granada, atacada e incomunicada del resto de España nacional. Para probar mi imparcialidad, no obstante haber sido muy izquierdista García Lorca, autoricé que se editaran sus obras y que se hiciese el reclamo de las mismas. De todas maneras, encuentro exagerado el artículo ABC y comprendo tu extrañeza". ("mis conversaciones privadas con Franco". Teniente general Francisco Salgado-Araújo).

"¡Viva la muerte!... ¡Muera la inteligencia...!". (El "glorioso" general franquista Millán Astry en la Universidad de Salamanca ante don Miguel de Unamuno).

A pesar y por ello mismo de la detención teatral del líder comunista español señor Carrillo; a pesar y por

ello mismo del secuestro del señor Oriol, privilegiado personaje de la era franquista; y sobre todo y a pesar de la ola de violencia desatada en los últimos dos días en diversas partes de España, con ametrallamiento de civiles, secuestros de un jefe militar y asesinatos callejeros de estudiantes activistas, persiste en nosotros un moderado optimismo sobre el porvenir político de España en su era post franquista. Moderado optimismo en cuanto pueda llegarse por las vías del diálogo y de mutuas concepciones a una salida democrática y pacífica distinta al holocausto de una nueva guerra civil cruenta y devastadora.

Y hablamos de un moderado optimismo porque regresamos de España con la impresión de que, a pesar de los cuarenta y más años de dictadura unipersonal, opresora, cruel e insensible del generalísimo Francisco Franco, que puso en práctica como uno de sus postulados la consigna irracional de “uno de sus generales más leales y más combativos, la de “muera la inteligencia”, las armas ni la represión pudieron segar la inteligencia española, sino que ese don de Dios no se extirpa con los arados de las armas, ni con la hoz de la mordaza, ni con el rastrillo de la persecución.

Hoy España ofrece, en la oposición y en el gobierno, muestras de que la inteligencia de su clase dirigente vive, a pesar de que fue condenada a muerte hace cuarenta años.

LOS SIGNOS EXTERNOS

No hay duda que dentro y fuera de España, pero más fuera de ella que dentro, reciben un tratamiento mucho más espectacular y un mayor volumen de divulgación –lo que no es excepción sino la regla– aquellos acontecimientos sensacionales, como los secuestros, los asesinatos, la violencia callejera, los atropellos inauditos, las detenciones, las requisas, los delitos de prensa, las huelgas, es decir, la perturbación latente de la vida diaria española. La diferencia entre ayer y hoy todo eso se divulga y se conoce, dentro y fuera de España. Antes era la “tranquilidad impuesta” que se reflejaba en unos medios de comunicación, uniformados por los

comunicados oficiales y reprimidos por una censura implacable. A pesar de que tal tranquilidad estaba lejos de existir en la realidad.

Claro está que aún persisten –y cómo no habrían de persistir después de 40 años que crean de experimentos – muchos de los vicios contra las libertades democráticas, y que no está cercano el día en que pueda decirse que España ha logrado la libertad y el respeto absoluto a los derechos humanos. Pero el día se acerca a medida que la inteligencia, que no pudo ser asesinada ni esterilizada, encuentra los caminos que pueden conducirla hacia la democracia plena. Y los está buscando con creatividad, con ductilidad, con responsabilidad.

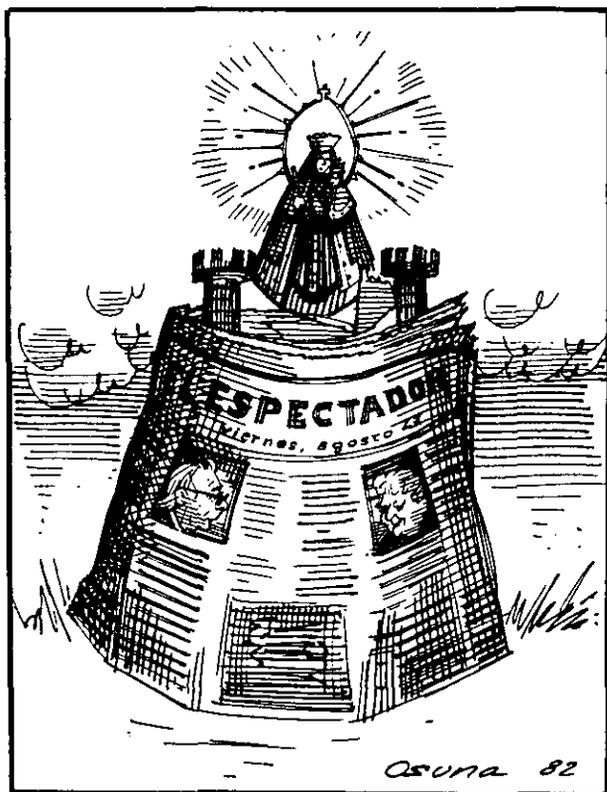
La proliferación de partidos políticos, y dentro de estos de grupos y matices, todos ellos son líderes respetados y respetables, es una demostración de que España está viviendo un momento apasionante de su historia. Tanto más cuanto regresa de la oscuridad y encuentra los primeros rayos de luz. De ahí el moderado optimismo con que puede mirarse el inmediato futuro de esa gran nación digna ciertamente de la inteligencia y no de la opresión.

LOS SIGNOS EXTERNOS. EL SINIESTRO G.R.A.P.O.

No nos ciegan resplandores y espejismos. Sabemos que hay una grave situación económica que puede entorpecer el proceso político. Los índices de inflación –como en casi todas partes del mundo– golpean a la clase media y obrera. Las grandes fortunas acumuladas al amparo cuando no a favor del dictador, acrecentaron inauditamente las diferencias entre los menos y los más. A raíz del secuestro del señor Oriol, los españoles, gracias al “destape” de la libertad aún condicionada de la prensa pudieron conocer, valga el ejemplo, uno de los emporios de riqueza más increíbles, donde capitales, empresas, bancos, importaciones, exportaciones, todo estaba controlado directa o indirectamente por el encumbrado personaje franquista. Desde luego esto no significa su secuestro. Pero como el siniestro grupo de la G.R.A.P.O., que se atribuye la operación

de raptó del señor Oriol, y más recientemente la del general Villacscuesa, es difícilmente localizable dentro de la extrema izquierda o si lo es de extrema derecha—algo parecido a lo que entre nosotros sucede con el M 19- queda flotando la duda metódica de si no puede tratarse de operaciones combinadas para torpedear el proceso democratizador que el pueblo quiere y que el gobierno del señor Suárez está tratando de realizar honestamente.

Cuando se balea fríamente una asamblea de intelectuales y se asesina abogados y se hieren mujeres y se matan estudiantes, ¿no estará resurgiendo, como último recurso, el fantasma del "glorioso" general Millán Astray ("glorioso" como lo califica el primo de Franco en su revelador libro *Mis conversaciones privadas*, uno de cuyos apartes sirve de epígrafe a este artículo) para tratar de matar a la inteligencia española? Otro vano intento, ciertamente. Pero inquietante, de todas maneras. Y es



Homenaje de "los ciudadanos libres de Colombia", Caricatura de Osuna

a manera de una respuesta, valga el ejemplo, al florecer de la inteligencia de que antes hablábamos. A fines de diciembre, en España, y su Cataluña amada. Pablo Casals, el genio de la música, recibió un homenaje tan elocuente, tan grandioso, tan sincero, tan espontáneo, tan español y tan catalán, que era como la respuesta de todo un pueblo a quienes, hace cuarenta años y más habían decretado la pena de muerte a la inteligencia creadora de España.

En la España de hoy, pues, tiene que vencer la inteligencia sobre la barbarie. La primera no pudo ser extirpada. La segunda trata otra vez de levantar cabeza. Al final tendrá que prevalecer la primera sobre la segunda.

Enero 27 de 1977

UNASOLUCIÓN POLÍTICA

Los últimos acontecimientos, dolorosos, sangrientos, amedrentadores y amenazantes, tienden a indicar que la situación de violencia de variada índole que padece el país no tiene, por lo menos a plazo inmediato, una solución definida ni definitiva. Las Fuerzas Armadas, en cumplimiento de deberes que nadie les desconoce como guardianes del orden interno y externo, combaten a las fuerzas que se han levantado en armas contra el orden legítimamente constituido. Y éstas, a su vez, combaten las instituciones con sistemas que abominamos y censuramos.

En estas acciones, con diferencias de todos conocidas, llevamos ya más de tres décadas de constante desangre que desgarran nuestros sentimientos en lo más profundo, porque como lo dijo el maestro Luis López de Mesa ya hace muchos años, nos duele Colombia, nos sigue doliendo Colombia. Jamás en este periódico hemos dicho una palabra en apología del delito atroz ni de la subversión. Jamás la diremos. Esto nos permite plantear—ante el amenazante futuro la inquietud a todos los colombianos, a quienes defendemos la democracia y la libertad y participamos en contiendas ideológicas sin tener siquiera una navaja para pelar naranjas- las discusiones para lograr una Colombia en donde la sangre de los compatriotas no

corra para esterilizar el porvenir. Y a quienes utilizan otros medios de buena o mala fe, con unos sistemas anticristianos y crueles para alcanzar sus objetivos, si no ha llegado la hora de buscar, fuera de las soluciones de fuerza –que el Gobierno emplea en legítimo y obligatorio derecho de defender la legitimidad del Estado de Derecho y que emplea la subversión para modificar las situaciones colombianas-, soluciones políticas que acaso, por nuevas, encuentren senderos posibles para solucionar el interminable diferendo.

Soluciones políticas se han logrado en varias oportunidades. Y casos hubo donde alcanzaron mejores efectos que los de la guerra, declarada o no, entre dos Colombias que empuñaban las armas para combatirse la una contra la otra. Bajo el gobierno del doctor Alberto Lleras Camargo, valga el ejemplo, el país pudo volver a pescar de noche, como lo dijo el Maestro Echandía. Pero comenzaron a trabajar fuerzas subterráneas que volvieron a enfrentar el Estado de Derecho con el estado de subversión. Y regresamos sí al pasado violento y nos embarcamos en un futuro idéntico que llega hasta nuestros días. Hoy no estamos, ciertamente, mejor que hace treinta

años, con el agravante de que el enfrentamiento de fuerzas encuentra estímulos extraños al mismo país con todos los gravísimos riesgos que esto implica.

¿Cuáles soluciones políticas sugeriría usted, “pontífice” que escribe pero que no soluciona? Repito que no soy el llamado a darlas. Sino a pedir las a quienes tienen de un lado y de otro los medios para formularlas, negociarlas, concretarlas y realizarlas.

Estamos ya en plena campaña electoral para corporaciones públicas y para elegir nuevo presidente de la República. Y salvo el obvio respaldo que los partidos que están en el Gobierno le reiteran en declaraciones, que son una repetición interminable en declaraciones, que son una repetición interminable de otros tantos documentos de solidaridad para con la autoridad legitimada y de por los actos abominables de cruenta, cuál violencia que realizan los subversivos, no conocemos realmente pronunciamientos de fondo ni de los precandidatos a la Presidencia ni de los aspirantes a las corporaciones públicas donde se diga a los colombianos, a todos los colombianos, cuál sería el manejo que ellos le darían al más grave problema



Dr. Carlos Lleras Restrepo, Don Guillermo Cano, Dr. Belisario Betancur y Dr. Gilberto Echeverri Mejía



Caricatura de Osuna

nacional de estos momentos en el caso de recibir el mandato claro o no tan claro para dirigir nuestros destinos.

Nosotros, honestamente, vemos que la situación de orden público no se inclina hacia una tendencia próxima a disminuir las tensiones que a todos nos afectan, y al decir todos incluimos tanto a quienes defendemos la democracia como la concebimos como para quienes la entienden de otra manera. Se nos dirá que estamos desenfocados al afirmar que hay síntomas de un agotamiento de la capacidad ciudadana para recibir informaciones, no sólo periodísticas sino oficiales y hasta forzadas, como las suministradas por uno de los grupos subversivos a dos periodistas detenidos, secuestrados o como quiera llamarse el acto ocurrido a mediados de la semana, de tanta gravedad como a las que a lo largo de este año nos han conmocionado. Y que son una secuela de las del pasado y del antepasado. Un día el optimismo cunde; al siguiente el terror se derrama sobre el país. Vivimos entre la esperanza del fin de la violencia y el miedo a su aterrador renacimiento.

Entonces ¿no ha llegado el momento de que —sin debilitar de manera alguna el Estado de Derecho que la mayoría de los colombianos hemos escogido y elegido, y paralelamente a la acción preventiva y represiva, si fuese absolutamente necesaria— se busquen nuevas fórmulas ya que ni la preventiva ni la represiva han dado los resultados que la inmensa mayoría de los colombianos desean? Pero sobre todo, cuando dentro de un año habrá un cambio de gobierno de la Presidencia de la República, en las corporaciones públicas, ¿no sería hora de que los aspirantes a ser protagonistas de ese cambio comenzaran a decirle a los colombianos ¿cuáles son sus programas y hasta dónde puede llegar su poder para devolver a Colombia la paz que ha perdido en un interminable combate de más de 30 años?

Es posible que si se va haciendo claridad, cuando llegue el momento de las decisiones democráticas el país nacional encuentre más y mejores argumentos para participar decididamente en la gran batalla incruenta por la pacificación de Colombia.

Estos apuntes, es cierto, no tienen más importancia que la espontaneidad, la honestidad y casi que la desesperada intención con que se escriben. Bien puede interpretarlos quienes quiera y de la manera que a ellos le venga a bien hacerlo. Acaso sirvan para una meditación menos ligera que la de sindicatos temerariamente de estar participando como “viajeros útiles” en alguna maniobra que pueda beneficiar a movimientos que incurrir en actos subversivos y plantean situaciones que nos repugnan ideológica y moralmente.

Porque la verdad es que nos da miedo. Físico miedo de que en escalada y escalada de la lucha cruenta, el país se descomponga, se desangre, caiga en el caos incomprensible de la opresión. De las opresiones de cualquier índole. Y porque nos negamos a creer, aun en momentos tan complejos, difíciles, críticos, graves y hasta contradictorios, que no puedan existir salidas a este laberinto terrible, distintas a las que durante más de tres décadas se han buscado sin hallarlas.

AMANERA DE COLETHILA

El secuestro o retención o como quiera llamarse de Fernando González Pacheco y de Alexandra Pineda por un comando del M-19, aunque sin daño para la integridad física, constituye un aberrante atropello de la fuerza subversiva. A los periodistas los han tomado, sin respeto alguno por su profesión y por sus derechos y deberes, a manera de mensajeros publicitarios, sometiéndolos contra su voluntad, aunque a “un buen trato en comida, en bebida y cigarrillos”, a una degradante situación intolerable.

Y de otro lado, se ha desatado por parte de la autoridad una nueva ola indiscriminada de allanamientos y detenciones que en nada ayudan a mejorar la tranquilidad ya demasiado golpeada de la ciudadanía. Dos ejemplos: los allanamientos en las horas de tinieblas de las residencias del poeta Luis Vidales (cero y van dos) y de la escultora Feliza Bursztyn y su posterior detención en la Brigada de Institutos Militares, causan impacto tanto de sorpresa como de preocupación por la integridad de los colombianos y el respeto a sus derechos. Nos negamos una vez más, en el caso de Luis Vidales, y por primera vez en el de Feliza Bursztyn, con quienes discrepamos cordialmente sobre sus esculturas, a creer que estén o hayan estado comprometidos en la subversión. La inteligencia está siendo castigada por delitos de opinión.

No sé si en el allanamiento a la casa de Feliza los inquisidores encontraron que alguna de sus “chatarras” era una apología en hierro de la subversión...

Guillermo Cano

26 de julio de 1981

SOLUCIONES POLÍTICAS

Entre el doctor Carlos Bula Camacho, concejal de Bogotá, Distrito Especial, por el movimiento “Firmes” y el autor de esta “Libreta” se han cruzado las siguientes cartas a propósito de un comentario hecho aquí donde se sugería la búsqueda de unas

soluciones políticas para la delicada situación de orden público:

“Señor don

“Guillermo Cano

“Director de ‘El Espectador:

“Ha comprometido usted su palabra ante el país ofreciendo su colaboración en la búsqueda de nuevos caminos de paz para la nación colombiana.

“Así lo registró complacido el senador Luis Carlos Galán en su respuesta al mensaje del presidente Turbay Ayala. Asimismo queremos también registrarlo nosotros que somos una fuerza política nueva y distinta a la representada por el Liberalismo en todos sus matices.

“Apremios inmediatos concitan al máximo interés de los colombianos. La República se encuentra ante un callejón sin salida, de no interponerse la acción enérgica de quienes priorizamos como método de trabajo político, la lucha abierta y democrática, la acción masiva del pueblo en defensa de sus derechos e intereses atropellados.

“El deterioro y la descomposición de la sociedad colombiana han tocado fondo durante la presente administración. El proceso de concentración de la riqueza en un puñado de monopolios nos ha conducido a la pérdida de la soberanía patria, a la quiebra de la producción nacional y a la más completa pauperización y miseria para la inmensa mayoría de la población. Tales hechos obviamente no se presentan solos sino que van acompañados de una adecuación de las instituciones estatales para endurecerlas mucho más y de una serie de medidas políticas liberticidas como las que han sido impuestas por el Gobierno actual y por altos mandos castrenses a la totalidad de la nación. La corrupción administrativa ha llegado a límites insospechados. Para los trabajadores y para el movimiento sindical no existe ninguna garantía, sus derechos democráticos han sido pisoteados y se intenta un nuevo zarpazo contra la fuerza laboral del país mediante la supresión que se proyecta de sus justas prestaciones.

“Nosotros le ofrecemos nuestra modesta colaboración en el propósito de propiciar una primera aproximación a través de una reunión que insinuamos pueda realizarse en ‘El Espectador’ en fecha y hora que usted sabrá precisarnos.

“Sentados en mesa redonda quienes no queremos que el país emprenda un viaje de regreso al pasado, dejaremos por lo menos una constancia en torno de la cual puedan reagruparse los demócratas, los patriotas, los revolucionarios y todo el pueblo de Colombia.

“Atentamente,

Carlos Bula Camacho

“Señor doctor

“Carlos Bula Camacho

“Concejal de Bogotá D. E. por el movimiento ‘Firmes’

“Ciudad

“Señor Concejal:

“Usted tuvo la gentileza de hacer entrega personal en las oficinas de ‘El Espectador’ de la obligante carta que he transcrito en la primera parte de esta ‘Libreta de Apuntes’. Los términos de su epístola no sólo exageran los elogios para mí y para ‘El Espectador’, como órgano independiente de expresión pública, sino que tanto yo como el periódico que dirijo propiciamos una primera aproximación entre quienes consideran que conviene a la salud de la República encontrar nuevos caminos de solución a los ya endémicos enfrentamientos entre la fuerza pública y los movimientos que se han levantado en armas contra el Gobierno y el establecimiento legítimamente constituidos.

“Como tuve la oportunidad de expresárselo a usted en nuestra conversación a propósito de la carta a que ahora me refiero, consideraba en principio que, de acuerdo precisamente con el fondo de mis comentarios personales y posteriormente de las opiniones editoriales expresadas por ‘El Espectador’, no era yo ni este periódico quienes

debían ir más allá de manifestar públicamente, sin ninguna reticencia ni ocultamiento, la profunda inquietud que nos agobia por la degradada situación de orden público y de guerra abierta que desangra al país, cobrando todos los días víctimas entre la oficialidad, la suboficialidad y la tropa de las Fuerzas Armadas y de los guerrilleros, bandoleros, subversivos—como quiera denominarlos—, y entre los fuegos cruzados inermes no comprometidas ni participantes en la lucha cruenta en que mueren unas veces bajo las balas oficiales de las autoridades y otras por las balas de los movimientos armados que contra ellas ejercen injusta y criminal persecución.

“Ese criterio, que he meditado larga y responsablemente desde cuando usted me entregó su carta, en cambio de modificarse se ha solidificado a la vista de las encontradas, contradictorias y en muchos casos, sobre todo de parte del Gobierno, exageradamente negativas reacciones que tuvo la ‘Libreta de Apuntes’ de hace unas semanas. Ni yo ni ‘El Espectador’ podemos comprometer o perder ni siquiera un milímetro de nuestra independencia absoluta para comentar en pro o en contra los acontecimientos presentes y del futuro mediato e inmediato del país, lo que podría ocurrir, aunque tal no fuere ni su intención ni la de muchas personas, al propiciar una reunión de la naturaleza que usted sugiere. Podemos, sí, como lo hemos venido haciendo en estos días y desde mucho antes, desde la fundación misma de ‘El Espectador’ bajo la inspiración liberal y patriótica de don Fidel Cano, divulgar con toda amplitud todo cuanto tenga relación con las búsqueda de soluciones políticas a situaciones que no han encontrado en su momento una solución de fuerza en la búsqueda de una paz estable y duradera.

“Creemos prestarle un servicio a Colombia, a la democracia, a las instituciones legítimas y de otra parte a quienes se han declarado en rebeldía, en insurrección, en sublevación armada para desestabilizar al país apelando a recursos no pocas increíblemente atroces, si logramos que avance, si no en este Gobierno que de manera rotunda ha cerrado tantas puertas, por lo menos en el próximo, en concretar soluciones políticas capaces de alcanzar el

aspirado objetivo de que nuestras Fuerzas Armadas regresen a su cuarteles y quienes están fuera de la ley silencien sus armas y se incorporen a la vida civil y democrática para luchar dentro de ella por su ideales. El señor ministro de Gobierno, en el último pronunciamiento oficial conocido, solicitó a los precandidatos liberales y conservadores manifestarse sobre puntos concretos en relación con la 'propuesta de paz'. Nosotros habíamos también sugerido a los candidatos que le dijeran al país cuáles son sus ideas sobre el manejo que pueda tener el futuro la situación de orden público, de alcanzar uno de ellos el poder por la vía de la elección popular. Pero mientras nuestra propuesta era abierta, en cambio la del doctor Eastman deja un extraño sabor a emplazamiento para que los precandidatos caigan en los lugares comunes y obvios de que hay que respaldar al Gobierno legítimo, a las instituciones y las Fuerzas Armadas, como si quienes tienen observaciones qué hacerle al manejo de la situación de orden público estuvieran desconociendo al Gobierno legítimo, a las instituciones y a las Fuerzas Armadas. La carta del ministro de Gobierno no deja de inquietar, no sólo por lo que dice textualmente, sino por todo lo que en ella se insinúa. Todas estas reacciones oficiales nos llevan a ser cada vez más pesimistas de encontrar eco, antes de 1982, a las soluciones políticas de paz.

"Pero en la historia de Colombia hay ejemplos varios que demuestran que cuando la guerra no es solución sino sangriento desgarramiento de la Patria, existen las mesas para el diálogo para llegar a ellas, aun entre el aterrador fragor de las armas en acción, a la paz estabilizadora. Yo le confieso que siento terror de que lleguemos al 'punto de no retorno', es decir a la dictadura militar o al triunfo de la subversión incontrolada y sedienta de venganza. Yo comparto muchos de los planteamientos de su carta y aunque estamos en posiciones políticas e ideológicas diferentes, advierto que se cruzan nuestros anhelos por la salud de Colombia. Y comparto también sus preocupaciones de que las gentes de distintos partidos y grupos que hoy actúan dentro de las reglas de la Constitución y las Leyes y que se manifiestan partidarias de las soluciones políticas para sustituir las soluciones de fuerza, se encontrarán de pronto

confundidas o temerosas de verse comprometidas en tejemanejes politiqueros sin grandeza, si es un grupo, un movimiento o un partido al que asume la vocería de lo que en alguna memorable ocasión, aunque con diferentes motivos llamó un ilustre colombiano 'fuerzas desarmadas del país'. Pero veo, por ejemplo, entre los documentos publicados en estos días sobre la propuesta de soluciones políticas para la paz, cartas que firman personalidades de todas las ideologías y de todas las actividades, entre ellos sindicalistas y universitarios. Podrían ser ellos los que propiciaran la aproximación en una reunión como la que usted me ha propuesto a mí y a 'El Espectador'.

"Usted tuvo otra gentileza al autorizarme para hacer el uso que a bien tuviera de su carta y he creído que la mejor forma es divulgarla con mi agradecida respuesta pública.

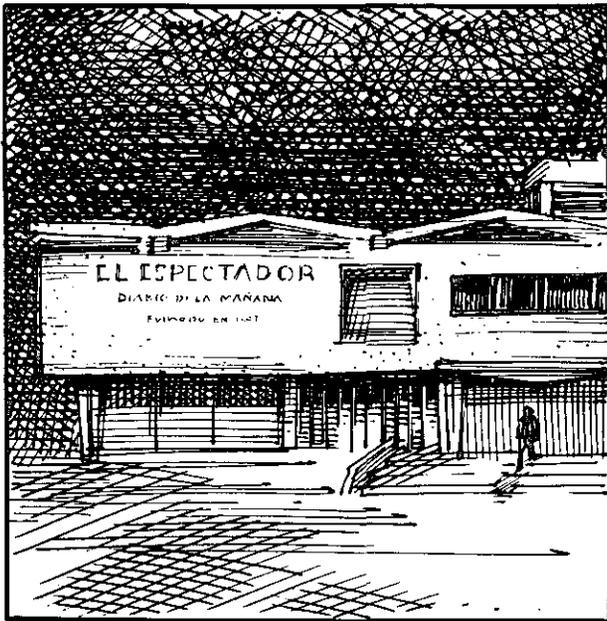
"Cordialmente

"Guillermo Cano"

DEJADA LOS NARCOTRAFICANTES...

...que vengan a mí. A mis tierras. A mis islas. Dejados que vengan con sus aviones y sus barcos y sus cargamentos de cocaína y marihuana. En mis costas encontrarán buena mar, buenos vientos, seguridad y protecciones adecuadas. A doscientas millas de mis cayos tendrán el gran mercado de la droga en los Estados Unidos.

Y fue así como un expresidiario de las cárceles norteamericanas, según su propio testimonio voluntario y libre, hizo una fortuna multimillonaria durante la gran bonanza del narcotráfico de fines de la década del setenta y que hoy, modestamente, declara que es de alrededor de ciento setenta millones de pesos, pero dicen que sube varias veces la cifra de los mil millones. Pero sea cual sea la fortuna, ya sabe la opinión pública que ella se deriva, por espontánea confesión, de boca pública y hasta televisada, del comercio de la droga, porque no se le conoce ni lo ha dicho otro origen posible a esta aceleradísima multiplicación de los pesos y de los dólares.



Sede de El Espectador, Bogotá

El señor Carlos Lehder Rivas, ciudadano colombo-alemán escandalizó, si es que la sociedad colombiana aún no está totalmente insensibilizada, a la opinión pública al aceptar como cierto y verídico lo que hasta su ya célebre reportaje radial era sólo objeto de rumores, de chismes, de consejas y de alguna que otra publicación audaz sobre los misterios de las misteriosa fortuna de un individuo que a los 22 años estaba preso en las cárceles norteamericanas, que salió de ellas algunos años después sin que se conocieran comodidades económicas sobresalientes, y que hace seis años, cuando apenas contaba 26 años de edad, compró por un millón de dólares de ese entonces una isla en el archipiélago de las Bahamas, la convirtió en el gran trampolín del comercio de las drogas heroicas entre Colombia y sus alrededores y el gran, el enorme mercado clandestino de los Estados Unidos.

No. El señor Lehder ha dicho que él no traficaba con las drogas. Que no ha traficado con las drogas, que no está metido en el negocio de producir, transportar, comercializar la droga. No. Sencillamente sus propiedades en las Bahamas, su isla llamada de la cocaína, era apenas una escala generosa que él

ofrecía para que las “sufridas” gentes productoras de la droga en Colombia pudieran aprovechar para el más fácil y expedito mercadeo transmarino y transaéreo Colombia – Estados Unidos.

El señor Lehder no podía permitir que sus compatriotas colombianos y sus socios multinacionales en el narcotráfico se les pusieran tantas dificultades y tantos tropiezos en su negocio, donde ellos, los colombianos y sus socios, cultivaban, producían, transportaban e introducían la droga, y los norteamericanos la compraban y la consumían en su territorio. Por eso compró la isla en las Bahamas y declaró tierra de narcotraficantes sus recién adquiridas tierras.

El señor Lehder no ha dicho qué beneficio recibía en contraprestación por los excelentes servicios que tan generosamente ofrecía a los comerciantes de la marihuana y de la cocaína. Eso, hasta ahora, por lo menos, pertenece a la reserva personal del señor Lehder quien, sin embargo, ha dicho que su fortuna quedó legalizada por la amnistía patrimonial y que su dinero es tan limpio como el de cualquier colombiano y que su declaración de renta habla de que sus haberes son en este momento de sólo ciento setenta millones de pesos...

SILA “MULA”...

...es la que transporta la droga de un lugar a otro... ¿cómo se llama el dueño de una isla donde se recibe y se despacha la droga? No sabemos en la jerga del narcotráfico cómo denominarán sus personajes más encumbrados a quienes, como el señor Lehder, pusieron a disposición de ellos las caletas abrigadas y protegidas y las pistas de aterrizaje adecuadas, para que en ellas recalaran los barcos, se aprovisionaran las naves, descendieran los aviones en “escalas técnicas”, se cargaran y descargaran, según las necesidades, las mercancías de prohibida producción, exportación e importación.

Tampoco sabemos si el señor Lehder ha logrado inocularse una milagrosa vacuna que lo hace incontaminado e incontaminable del tráfico ilegal y

punible de los narcóticos. Porque luego de sus declaraciones públicas el señor Lehder deja la impresión de una seguridad absoluta no sólo en sí mismo sino de que nada ni nadie puede involucrarlo en un negocio sucio y delictivo porque lo que él hizo -quién sabe hasta qué día de qué mes de cuál año- fue aprovechar la bonanza de la droga sin que lo tocara ni manchara; solamente que lo hizo muchísimo más rico, inmensamente más rico de lo que era cuando salió de la cárcel y de cuando llegó a la mayoría de edad. De ahí el gran misterio que de alguna manera será necesario revelar y explicar, porqué una sociedad como la nuestra, ya tan sumamente relajada y disminuida en su moralidad y en su solvencia y en su honestidad, no resiste más golpes de esta naturaleza pues el mal ejemplo no sólo puede cundir y donde, sino que estamos corriendo el riesgo de que ese mal ejemplo se convierta en buen ejemplo digno de ser imitado.

LA DROGA EN LA POLÍTICA

Pero el extraordinario caso del señor Lehder y su inverosímil historia, según la cual su fortuna proviene de la bonanza del narcotráfico pero nada tienen que ver con el narcotráfico, no sólo es sublimación de la inmoralidad sino que, como también lo sabe ya toda Colombia, el formidable poder económico acumulado por el flamante propietario de la llamada "isla de la cocaína" está en los actuales momentos puesto al servicio de la aspiración de un político parlamentario del señor Lehder quien desea llegar al Senado de la República con las banderas del nacionalismo socialista -el nazismo redivivo- de los extraditables traficantes de narcóticos, y de la organización de fuerzas de choque de autodefensa para suplantar lo que él considera como debilidad e ineficiencia de las autoridades legítimas del país.

Estamos, pues, frente a un abierto desafío donde la droga -cocaína o marihuana y su jugoso dividendo económico- trata de convertirse en el opio de la política colombiana. El fenómeno, por desgracia, no está localizado y localizable en la región del Quindío donde actúa ahora, como antes en la isla de las Bahamas, como jefe supremo y dueño de honra, vida

y bienes de algunos de sus compatriotas deslumbrados, el señor Lehder, sino que hay manchas también localizadas y localizables en otras zonas del país que indican que la úlcera cancerosa (política-droga-dinero) va en peligroso aumento sin que los anticuerpos de una sociedad debilitada obren adecuada, pronta y eficazmente contra ella.

Mucho es el temor que nos asiste de que, a pesar de signos tan evidentes y alarmantes, la sociedad adormecida se pueda dejar deslumbrar por esta explosión de nueva ola que no sólo multiplica los pecados y vicios antiquísimos de nuestra democracia como el de la compra de los votos, el ejercicio de las presiones económicas, el chantaje de la fuerza bruta, el desvergonzado mercado de las influencias, sino que se nutre de dineros habidos en operaciones de algo más que de dudosa ortografía, dineros sucios, dineros mal habidos.

¡AÚN ESTIEMPO PARA DESPERTAR!

¿Los partidos políticos colombianos tradicionales, sus nuevas fuerzas están tan deteriorados y se han insensibilizado a tal extremo que no pueden enfrentar ni afrontar con la debida energía y prontitud el desafío que les están planteando quienes quieren suplantarlos con los recursos y los sistemas que durante más de ciento cincuenta años de vida republicana hemos considerado como impuros, despreciables e indignos? Tímidas voces, algunas voces valerosas se escuchan y hemos escuchado. Pero no son suficientes. Colombia necesita con urgencia un absoluto deslinde, sin acomodamientos tácticos ni temores electorales ni electoreros, entre la política buena y sana y la corrompida y la corruptora.

El pueblo colombiano, a quien se va a pedir decisiones el próximo año, no puede llegar vendado ni mucho menos drogado a las elecciones sin saber quién lo está volviendo "mula" para elevar las posiciones directivas de la República a los menos honestos y los menos puros. Y nos asiste también la preocupación de que, una vez más, los medios de comunicación al revelar los prontuarios y antecedentes de los nuevos ídolos de barro podrido, puedan ser sindicados de estar sirviendo de idiotas

útiles precisamente a quienes tratan de desenmascarar. Lamentablemente ese es uno de los riegos que tiene que correr la prensa; someterse a ser seriamente censurada y criticada, cierta de que si no es la prensa la que abre los ojos para que los demás también los abran, nadie –o por lo menos eso parece suceder hasta ahora- se atreverá a apretar el botón de alarma, a tocar a rebato, a conmoción a la sociedad indefensa.

¡QUE VERGÜENZA...!

Al gran Padrino de los Padrinos de todas las mafias que en este mundo han sido, el siniestro Al Capone, se le pudo llevar a la cárcel no por los asesinatos que cometió o que ordenó cometer, ni por el narcotráfico pecaminosos; ni por la asociación para delinquir; ni por la violación de las leyes penales; ni por robo; ni por tortura; ni por contrabando; ni por la violencia múltiple con que ensangrentó a los Estados Unidos. Pagó condena por defraudación de impuestos. De todos los demás crímenes innúmeros se burló ante los jueces, los magistrados, la policía, el FBI, de todo el poder Judicial y también el poder Ejecutivo y del poder Legislativo de la gran nación del norte.

Y como son muchos los personajes del hampa que gozan de libertad absoluta para continuar cometiendo toda clase de delitos, y no satisfechos con dejar en vergüenza a todos los instrumentos creados por el hombre para castigar al delincuente, se burlan de los códigos y de la justicia y van más allá, mucho más allá, al transformarse por obra y gracia de su cinismo, en jueces y acusadores de quienes se niegan a cruzar la frontera entre la honestidad y la deshonestidad y compartir el territorio de la delincuencia al lado de los delincuentes.

Entre nosotros, en Colombia, ¡qué vergüenza!, estamos llegando a esos extremos desde los cuales no hay retorno. Un debate, que los colombianos consideran necesario para evitar que el dinero envilecido por el crimen y el narcotráfico corrompan al Estado de Derecho, se infiltren en los poderes Ejecutivo, Legislativo y Judicial del país, contaminen a toda la sociedad, tiende a convertirse, como se ha visto en las primeras escaramuzas, en una infame y degradante pantomima donde los acusados son acusadores y donde los acusadores pasan a ser acusados.



Placa conmemorativa primera sede de El Espectador, Medellín

PERSONAJES DE DUDOSA ORTOGRAFÍA

Un representante a la Cámara, que llegó como avanzado del poder corrupto del *dinero caliente* al Congreso de la República, en una papeleta en la cual él es el principal y su suplente es el individuo cuya fortuna creció de cero hasta cifras inverosímiles, de la noche a la mañana, de un instante a otro, ha tomado la vocería de todos los personajes de dudosa ortografía, con expedientes dentro y fuera del país por tráfico de narcóticos y otras bellezas parecidas, para decirle al país atónito que todos ellos, con chequera de fondos insondables, andan repartiendo millonadas por todas partes. Aceptan, pues, con desvergonzada desfachatez, que sus dineros de oscura procedencia los están regando por el país sin ocultar los propósitos que con ello persiguen: poder político, poder económico, poder de chantaje, poder de amenaza, poder para sojuzgar y someter voluntades.

Se están comprando conciencias, dicen, como han comprado cocaína o marihuana y como han sobornado a guardas y como han obtenido licencia para delinquir.

Como cada día son más los personajes del hampa y del narcotráfico con poder omnívoro de dinero, los colombianos honrados pueden resultar víctimas de celadas y montajes y de trampas por no tener siempre en el bolsillo y a la mano, en todo instante y a cada momento, una lista actualizada y permanentemente al día, de la nómina nacional e internacional de los mafiosos...

Porque, pongamos un caso, si no se trata de gentes iniciadas en el negocio del narcotráfico y de sus intrincados senderos de delincuencia, ¿cuántos colombianos sabían que un tal señor Porras era traficante de cocaína, preso en Lima, libre misteriosamente, y ahora negociante radicado en Medellín, con fortuna *miliunanochesca* supuesta o realmente *amnestiada*, que gira cheques por un millón de pesos para comprar una mercancía, pero que según dice su *otro yo* en la Cámara de Representantes, era para agradecer a un ciudadano el que hubiera ofrecido oponerse al tratado de

extradición de los narcotraficantes cuando todo el país sabe y conoce que ese ciudadano ha sido frontal defensor de todo cuanto se haga y se pueda hacer para que los delincuentes del narcotráfico paguen con la cárcel su delito infame?

EL SISTEMA DEL VENTILADOR

¿Cuántos Porras de la nueva ola de nuevos ricos que han surgido en este país con las bonanzas de la marihuana y de la cocaína andan sueltos haciendo esas picardías deliberadas y planificadas? En los próximos días veremos, porque así lo han anunciado los dueños de los *dineros calientes* que se proponen hacerlo, cómo van a aparecer muchos Porras girando millonadas a *ño Raimundo y todo el mundo*. El sistema de ventilador, de que hablan los cuentos sucios, que se prende para manchar de lodo a la mayor cantidad de gente posible, culpable o inocente, que eso poco les importa con tal de envolver de tal manera el asunto para que al fin de cuentas nadie sepa dónde está el delincuente y dónde el honorable. Y todo sobre la base muy discutible de que el ofensor está más protegido que el ofendido...



Don Guillermo Cano, caricatura de Osuna

¡Qué vergüenza! Nos aterra pensar que el país se haya degradado a tal punto que un debate necesario en defensa de la moral y de las instituciones democráticas, la conclusión no sea la de desenmascarar a los siniestros delincuentes para que reciban con digno castigo a sus fechorías, sino la de que ellos resulten ser los buenos de la película y los demás, los malos. Aquí se incendiaron archivos del Congreso y no pasó nada; aquí se sustrajeron cintas de un banco para ocultar maniobras dolosas y sentenciar la impunidad para los delincuentes políticos; aquí se esfuman las personas bajo auto de detención de los jueces de la República; aquí se permite que prescriban las sanciones dilatando la demora en aplicar la ley oportunamente. Todo eso pasa y más, sin que pase nada. Y ahora estamos bordeando el clímax de la desvergüenza presenciando a confesos negociantes de narcóticos sentarse en la tribuna con sus guardaespaldas en la tribuna de prensa del Congreso de la República sin que el señor presidente de la Cámara impida la ofensa y la vergüenza al Parlamento y a la prensa. Los periodistas jamás han necesitado guardaespaldas, ni mucho menos, en el sagrado recinto del Congreso Nacional. Pero ese espectáculo se dio y se toleró y se permitió sin que nadie se atreviera a levantar una voz de protesta en la Cámara de Representantes. Es así como se tolera el envilecimiento de las instituciones más respetables de Colombia.

LA MAFIA Y LA IMPUNIDAD

Volviendo a Al Capone, se nos ocurre que la ostentosa, pública y desafiante demostración de riqueza incontable de que se hacen gala los personajes cuando afirman haber comprado o agradecido o favorecido a los políticos colombianos en sus campañas electorales, que paralelamente a las investigaciones que se adelantan por las denuncias y acusaciones que ahora hacen esos cínicos individuos, la Administración de Impuestos Nacionales deberá revisar las declaraciones de renta tanto de Lehder como de Escobar y de tanto Porras como ahora hay, para chequear si la ley de amnistía patrimonial cobija todos esos bienes o si por el contrario la amnistía, de que ahora se enorgullecen para decir que sus dineros son limpios.

Cuando fueron sucisimos, sólo cobija una parte y hay otra muy grande defraudando al fisco. Por ahí, por la evasión de impuestos, puede andar el cabo suelto que libre a Colombia de la emboscada que le han tendido los delincuentes a quienes no se les han podido probar sus verdaderos grandes crímenes, bien porque –mafiosos, al fin de cuentas- saben cómo trabaja la mafia para garantizar su impunidad. Al Capone y tantos otros como él sólo han pagado castigo fiscal. ¡Al menos que los de por ahí paguen por eso...!

Pero, en primer lugar sobre todo, es necesario que la opinión pública no se deje enredar en las maniobras evidentes que están preparando los afortunados de las fortunas oscuras y sucias. Ellos van, cada vez con mayor impudicia, tras el asalto de las posiciones de poder en Colombia. Lo han dicho. Lo están diciendo. Y están actuando con esos propósitos monstruosos. Si este país no se levanta solidariamente en defensa de la pulcritud y de la honradez, la vergüenza lo manchará de manera indeleble.

Diciembre 20 1981

LA TENAZA ECONÓMICA

“...Creo que la clase dirigente, que maneja los resortes de la publicidad en un país democrático, debe entender que será mucho más respetable y respetada si abandona retaliaciones o halagos en intentos estériles y fallidos de modificar; cuando no tiene razón, las líneas políticas e informativas de los órganos de expresión e intenta colocar sus órbitas de influencia y de presiones inaceptables e indebidas, en aquellas donde se mueve y debe moverse la libertad de expresión...”

(Aparte de las palabras pronunciadas por don Guillermo Cano, director de “El Espectador”, el 19 de agosto de 1980, al recibir en nombre de don Gabriel Cano el Premio Nacional de Periodismo Simón Bolívar).

“Tenaza.- *(Del Lat. Tenacia, de teneo, tener.) F. Instrumento de metal, compuesto de dos brazos trabados por un clavillo o eje que permite abrirlos y volverlos a cerrar. Por un lado remata a veces cada*

uno de ellos en un ojo donde entran los dedos, y por el otro tiene la figura conveniente a su uso, que es coger o sujetar fuertemente una cosa, o arrancarla o cortarla..." (Definición del Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española).

La carta de uno de los lectores de "El Espectador", que publicamos ayer, así como varias llamadas telefónicas de nuestros suscriptores, inquiriendo las razones por las cuales fuera de la cartelera cinematográfica que publicamos diariamente, este periódico había dejado de divulgar la publicidad de varias salas de cine de la capital de la República, carta y llamadas que obligaban a una respuesta concreta, nos han dado la oportunidad de revelar, aun con la repugnancia que el tema nos causa, el bloqueo publicitario que uno de los más poderosos grupos de concentración económica del país, el Grupo

Grancolombiano, ordenó aplicar a "El Espectador" por parte de sus filiales, no sabemos si con conocimiento o no, con su aprobación o no, de los accionistas y clientes que las conforman y las financian.

En efecto, el Grupo Grancolombiano en los últimos meses, de manera paulatina pero constante, ha suprimido las pautas de anuncios de sus sociedades que, curiosamente, durante muchos años, utilizaron nuestras columnas con resultados que presumimos buenos por cuanto a nuestras páginas recurrían para promocionar ampliamente sus negocios. La represalia económica contra el "El Espectador" se insinuó ya por razones políticas cuando este periódico fijó su posición frente a la candidatura presidencial del doctor Julio César Turbay Ayala, de la cual era ostensible adherente el presidente del Grupo Grancolombiano. Pero cuando la tenaza económica se comenzó a aplicar desembozadamente y a grande escala, fue a raíz de las publicaciones que se hicieron —y seguirán haciendo hasta que se haga plena justicia y plena luz en ese caso— alrededor del mayor escándalo financiero del país en que quedó comprometido sería y gravemente el Grupo Grancolombiano y algunas de sus más importantes sociedades. Debemos decir, con absoluta claridad y entereza, que en esos momentos inquirimos, de quienes podían tener alguna explicación para una actitud tan sorpresiva como tan evidente notoriedad pública, las causas verdaderas del bloqueo publicitario. Las evasivas respuestas, sin argumento de fondo justificable, fueron las de que las "órdenes de suprimir las pautas a "El Espectador" eran órdenes superiores". Desde luego no faltaron, dentro de la nerviosa y tímida explicación anterior, ciertas insinuaciones, obviamente rechazadas, para que la línea editorial e informativa de "El Espectador" fuera variada tanto en lo político como en lo económico y en lo social.

Pero, como es de conocimiento público, el Grupo Grancolombiano continuó y continúa adquiriendo, por muy diversos caminos que inclusive rodean peligrosamente el Código Penal, el dominio mayoritario de las más variadas empresas colombianas. En una diversificación de sus



El Espectador, cien años

actividades, admirable por la audacia con que las realiza, ya no se limita al círculo banquero y financiero de sus orígenes, sino que compra complejos editoriales, pasa a ser dueño de la impresión y distribución de revistas nacionales e internacionales, asume el poder de manejo de la tarjeta de crédito Diner's, y si en la fabricación del chocolate se le atravesó la investigación ordenada por la Comisión Nacional de Valores, por sospechosa manipulación e inversión de dineros de sus ahorradores en la compra y venta de acciones de la "nacional de Chocolates", en cambio adquirió suficientes papeles para manejar el Circuito Cine Colombia S.A. En esta somera enumeración no están todas las sociedades que denomina el Grupo Grancolombiano. Pero sí están todas, éstas y las demás, incluidas en la orden de colocar a "El Espectador" en la lista negra de los presupuestos publicitarios. Entre esas empresas, claro está, se encuentra "Cine Colombia S.A.", que retiró todos los anuncios de nuestras páginas, casi simultáneamente con "Diner's Club de Colombia", los más recientes casos de persecución publicitaria contra este periódico, que coinciden curiosamente, con la posición editorial de "El Espectador" en relación con la candidatura de Alfonso López Michelsen a la reelección presidencial de la cual es partidario conocido y reconocido el presidente del Grupo Grancolombiano, pariente por sangre del aspirante a regresar, por las buenas o por las malas, al primer empleo de la Nación, y a la vez gran fideicomisario en el pasado y probablemente en el futuro de la multimillonaria fortuna del doctor López Michelsen.

Es nuestro deseo decir, también, que cada quien es dueño de hacer con su dinero lo que a bien le venga. Es decir, que el Grupo Grancolombiano está en su derecho de poner o de quitar anuncios en la prensa, en la radio, inclusive en la televisión. Pero entendemos que la prensa, la radio, y la televisión tienen a disposición de los anunciadores unos espacios dándoles en contraprestación ineludible el servicio que de ellos se espera y se exige: resultados efectivos dentro del público que los lee, los oye y los ve. El manejo de los presupuestos publicitarios obedece o debería obedecer a la conveniencia comercial de las empresas anunciantes. Y con mayor razón cuando



Toma del Palacio de Justicia, noviembre 1985

esas empresas no son propiedad omnipotente de una sola persona, sino que en ellas tienen intereses materiales respetables muchas gentes que exigen no ser irrespetadas por voluntad de un círculo cerrado que decide inapelablemente manejar los dineros de terceros sin que éstos se enteren de por qué ni para qué se toman comprometedoras y graves decisiones.

Como lo decía Guillermo Cano en su premonitorio discurso durante la entrega de los premios Simón Bolívar de Periodismo, al revelar ante la opinión colombiana uno de los casos más aberrantes de retaliación económica por razones de índole exclusivamente política o para comprometer y someter la ética de los medios de comunicación, no lo hacemos para que se le den o para evitar que se le nieguen determinadas pautas publicitarias a "El Espectador". Es una advertencia pública sobre los abismos insondables a los que estamos cayendo en

Colombia cuando una clase dirigente, torpe y resentida, vengativa y despótica, decide castigar a la prensa –hoy somos nosotros, quién sabe quiénes serán mañana- recurriendo al extremo “ser para ellos menester tenazas” –según otra acepción de la Academia- para vencer “la dificultad de conseguir o sacar de una persona alguna cosa”.

Pero con nosotros se ha equivocado una vez más el Grupo Grancolombiano. Se equivocan también quienes directa o indirectamente han sido o están siendo influidos por una tan ofensiva concentración política y económica como la que detenta el Grupo Grancolombiano en los actuales momentos de degradación de los valores éticos. Estaban equivocados quienes recurrieron a las mismas armas intimidatorias en el pasado, y lo están, en el sector público, en el semipúblico y en el privado, aquellos que se estrellan torpemente contra la integridad moral, la conducta honesta, la orientación independiente, la línea recta editorial e informativa de “El Espectador”. Somos un periódico con una larga trayectoria de persecuciones implacables pero con un respaldo enorme de opinión pública. Es un periódico viejo en años, pero joven, muy joven, en su desarrollo ideológico y material. No vendemos, no hipotecamos, no cedemos nuestra conciencia ni nuestra dignidad a cambio de un puñado de billetes. Eso no está dentro de nuestros presupuestos.

¡Allá el Grupo Grancolombiano con su política de tenaza económica y con sus sistemas de amenaza y de represalias contra la libertad de expresión! Que nuestros lectores y suscriptores cineastas perdonen que en nuestras páginas no aparezcan todos los días, como aparecieron durante muchísimos años, los anuncios desplegados del Circuito Cine Colombia que cambió de propietarios y de orientación, para bien o para mal de sus intereses.

Nosotros no vamos a claudicar, como no hemos claudicado jamás, ¡Sobre eso nadie tiene derecho a equivocarse!

LA CREDIBILIDAD DE UN PERIÓDICO

El cimiento más firme de un periódico respetable es su credibilidad. Cuando un periódico pierde su

credibilidad desaparece su prestigio y se destroza el respeto que la opinión pública puede tener sobre sus opiniones y sus informaciones. Sin credibilidad la prensa está perdida.

Porque la credibilidad de la prensa lleva envuelta todos los valores fundamentales del periodismo; la ética, la moral, la responsabilidad, la veracidad, la objetividad. Esas virtudes capitales de un periódico son mandamientos estelares de la ley no escrita de la profesión periodística. Por eso cuando se pone en duda la credibilidad de un diario, y sobre todo cuando tal duda se inculca de manera maliciosa e insidiosa, temeraria y calumniosa, en la corriente de la opinión pública, el periódico afectado por la infamia debe luchar con la única arma de que dispone: la verdad de sus afirmaciones, hasta que ella quede demostrada a plena satisfacción del lector, que es un juez inapelable.

A “El Espectador” se le quiso borrar de la faz de Colombia bajo el procedimiento innoble y bajo de poner en entredicho su credibilidad, labrada en casi cien años de trabajos esforzados por servir a Colombia y a los colombianos con criterio patriótico y con criterio liberal. Se recurrió a todas las armas, casi nunca las legítimas y casi siempre las viles, para afectar su credibilidad cuando ya fue claro, demasiado claro para nuestros detractores, que la tenaza económica que nos aplicaron, con todo el poder casi omnímodo de dinero de que disponían –dinero por los demás ajeno y sagrado-, para tratar de obligarnos a que calláramos lo que sabíamos y, peor aún, para que dijéramos todo lo contrario de lo que deberíamos decir.

Esta historia es reciente, aunque es historia que ya va para largo, como que se inició en las más desiguales circunstancias para la lucha hace tres años y algo más. Cuando “El Espectador” comenzó a publicar las informaciones y los comentarios relacionados con la millonaria defraudación de los dineros de los ahorradores de los fondos Bolivarianos y Grancolombiano, del más poderoso en ese entonces de los grupos financieros del país, el Grupo Grancolombiano, las represalias económicas no tardaron y se dieron órdenes desde los más altos mandos, pasando los mandos medios y llegando

hasta los bajos mandos, para bloquear económicamente a este periódico mientras no se plegara a callar el primer escándalo financiero de los últimos tiempos que abrió el gran boquete que hizo temblar luego a todo el sistema financiero colombiano.

Pero como no aceptamos el chantaje ni toleramos las presiones, los promotores del escándalo apelaron entonces a una envenenada campaña para minar la credibilidad de "El Espectador". Utilizaron, sin tasa ni medida, sin pausa ni tregua, los noticieros de televisión patrocinados con dineros generosamente repartidos, las páginas de inserciones pagadas en los grandes diarios del país, y la abundante redacción de

gacetillas a cargo de periodistas fletados para prefabricar preguntas y maquillar respuestas en un aparato publicitario insólito para decirles a los colombianos que "El Espectador" había perdido toda credibilidad.

Se equivocaron también aquí quienes recurrían a estos sistemas, sin antecedentes en la historia del periodismo libre de Colombia, porque la credibilidad de "El Espectador", antes que disminuir fue creciendo en audiencia como en el poema eterno de Jorge Zalamea, porque un día sí y otra semana también, y el mes siguiente y el semestre y luego en años, lo que dijimos desde un principio y seguimos diciendo con la fortaleza que la verdad y la seriedad



Colombia destrozada. Caricatura de Osuna

de las afirmaciones nos proporcionaba, se fue confirmando, parte por parte, palabra por palabra, denuncia por denuncia.

MISIÓN IMPOSIBLE MISIÓN CUMPLIDA

Se desmoronó el castillo fabricado sobre la maledicencia en contra de "El Espectador". Si bien es cierto que se tomaron varios años para que las autoridades competentes del Estado se pronunciaran imponiendo multas a las entidades defraudadoras, y si bien es cierto que la justicia tardó también años para proceder a tomar acciones de fondo en los procesos penales que se siguieron a los responsables de las manipulaciones de los papeles bursátiles que causaron la ruina a miles de ahorradores, entre ellos gentes de escasos recursos económicos a quienes se les quitó literalmente el pan de la boca, la Superintendencia Bancaria y los jueces de la República han producido una serie de decisiones cuya trascendencia es de una magnitud indiscutible para la restauración moral del país cuya estabilidad de honestidad y de ética se había erosionado de manera tan grave y tan profunda.

Fue, y así lo creyeron centenares de miles de nuestros compatriotas, una misión imposible que se impuso "El Espectador" para impedir que la defraudación delictuosa de los ahorradores importantes se quedara impune. Misión imposible la de evitar que las investigaciones y los procesos se archivaran mediante las maniobras dilatorias del más costoso equipo de abogados jamás contratado en este país, que incluyó a un senador de la República, a exmagistrados de la Corte y de los Tribunales, exjueces, especialistas de renombrada fama y de altísimos honorarios, amanuenses, litigantes, y tinterillos, que de todo hubo y todavía hay, apelando, recusando, reponiendo, todo a un costo incalculable que por lo demás es un costo que se carga a las cuentas corrientes de las sociedades a las que representan, sociedades que por lo menos en el papel no son propiedad de una persona sino sociedades anónimas donde los anónimos accionistas, muchos o algunos de ellos, jamás sabrán cuánto se pagó por la Operación Defensa. Misión imposible conseguir la devolución, como era de justicia, de los dineros

perdidos en las maniobras fraudulentas. Misión imposible luchar con una pluma contra todo el poder del dinero concentrado. Misión imposible la de clamar justicia sin adecuada audiencia en otros medios aunque algunas voces aisladas y valientes hubo en la prensa, la radio y la televisión colombiana que contribuyeron a mantener encendida la llama de la esperanza en la justicia.

Toda esa misión imposible, así considerada durante los años, ha sido sin embargo una misión cumplida. Y de ella, contra todo lo que supusieron y a pesar de todo lo que hicieron nuestros detractores, la credibilidad de "El Espectador" es hoy más grande, más sólida, más firme.

LA CREDIBILIDAD DE LOS PILLOS

El país tiene ahora suficientes elementos de juicio sobre el escandaloso caso de la defraudación de los fondos Bolivariano y Grancolombiano, del Grupo Grancolombiano. Y la tiene gracias a que el senador William Jaramillo Gómez realizó en la Comisión Tercera del Senado una batalla incansable y valerosa para demostrar, con demostración incontrovertible, que en ese escándalo financiero se había incurrido en irregularidades tremendas que de tolerarse y de ampararse en el silencio cómplice y en la impunidad corruptora y corrupta, la mancha de la deshonestidad cubriría la infamia a la República.

Y gracias a que un abogado, tan valeroso o más si se quiere, el doctor Luis Xavier Sorela, en compañía del doctor Miguel Antonio Cano Morales, asumió la defensa de los intereses de las gentes desprotegidas y afectadas en su patrimonio, y los dos dedicaron su tiempo y su inteligencia, su paciencia y su entera a luchar, con las leyes en la mano y a su lado, para que la sombra tantas veces amenazadora de la prescripción echara un manto de complicidad sobre el delito.

Y, desde luego, gracias al doctor Hernán Echavarría Olózaga, que en cumplimiento de su deber, como servidor público impoluto e incorruptible, investigó oportuna y adecuadamente las telarañas del

negociado para descubrir y denunciar y sancionar, en ejercicio de sus funciones, las violaciones de la ley y detener a tiempo la cadena de la felicidad elaborada con eslabones del dinero privado de los ahorradores abusivamente utilizado para enriquecimiento de aquellos a quienes habían entregado sus haberes para que se los manejaran con probidad y limpieza. Al doctor Echavarría Olózaga le impuso la renuncia todo un presidente de la República, el doctor Julio César Turbay Ayala, en un acto que la historia jamás olvidará. Y el doctor Echavarría Olózaga, como a nosotros, se le quiso llevar a la picota pública, descalificándole a él también su credibilidad que en personas de su raza, de su estirpe y de su trayectoria es, como para un periódico, patrimonio insustituible de su vida.

Pero la credibilidad del doctor Echavarría Olózaga, la de “El Espectador”, la del senador William Jaramillo y las de los doctores Sorela y Cano, es hoy una credibilidad acerada en la forja de la gran prueba a que fue sometida.

Otros, pues, son los que ante la faz de los colombianos dejaron de merecer toda credibilidad. Entre otras razones, porque su aparente credibilidad era de mentirijillas y acaso más: era la credibilidad de los pillos...

UNA FRASE MEMORABLE

Don Fidel Cano escribió una vez que “cuando El Espectador hiere soy yo quien hiere. Cuando se hiere a El Espectador es a mí a quien se hiere...” En este largo proceso que tuvo esta semana tan decisivos desarrollos, esta frase perdurable de don Fidel Cano adquiere la plenitud de su validez.

17 de julio de 1983

NOTAS

¹ Ver *Los Decanos* de Sara Marcela Bozzi, Universidad de Cartagena, Biblioteca Pública Piloto de Medellín, Medellín, 1886.

² Ver la obra que compendia los editoriales de don Gabriel Cano, *Apuntes de un Espectador*, Biblioteca Pública Piloto de Medellín, Medellín, 1979.

³ Ver el Capítulo “Las cuatro generaciones” en el libro, *Los Decanos* de Sara Marcela Bozzi.

⁴ Ver el Capítulo “Las cuatro generaciones” en el libro, *Los Decanos* de Sara Marcela Bozzi.

⁵ Ver el Capítulo “Las cuatro generaciones” en el libro, *Los Decanos* de Sara Marcela Bozzi.

⁶ Ver “Y ud. Gabo, cómo entró a *El espectador?* en *Magazín Dominical*, Bogotá, 1987.

* Sara Marcela Bozzi

Doctora en Ciencias de la Información de la Universidad de la Laguna, España.

Directora de la Revista Unicarta.